

situación canónica de los protestantes en el primer período del concilio de trento

Discurso pronunciado por el R. P. Huizing, S. J., Decano de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Gregoriana en la apertura del Año Académico 1962-63.

Hoy han pasado cuatro siglos desde el 8 de noviembre del año 1562. Aunque era domingo, los Padres del Concilio Tridentino se reunieron para examinar los cánones "de Ordine". Hablaron solamente tres obispos, prolongándose la reunión durante tres horas y media. A las 23 y 30 se levantó la Sesión. (CT. IX 145 s.).

Durante un año siguieron los Padres Conciliares trabajando en la concreción y definición de los cánones condenatorios de las nuevas doctrinas. Cada nuevo "anatema" era una nueva afirmación (sententia) que separaba a los protestantes de la comunidad católica. (P. Fransen, *Reflexions sur l'anathème au Concile de Trente*: Eph. Theol. Lovan. 29 (1953) 657-672).

Se equivoca el que piense que el Concilio se había propuesto ya desde el comienzo esta separación. Tenía este objetivo: restablecer en la Iglesia la unidad de fe y la recta disciplina en una única sociedad, juntamente con los disidentes y cooperando ellos a ese fin. Consta que los protestantes —y entre ellos también los obispos abiertamente adic-

tos a las doctrinas de Lutero— fueron invitados a reunirse en el Concilio y esto instantemente, una y otra vez.

¿Con qué derecho? ¿En qué condición jurídica? ¿Bajo qué motivo podrían ser admitidos en un Concilio Ecuménico los Prelados, los legados de los Príncipes, los teólogos que profesaban doctrinas públicamente reprobadas repetidas veces y desde hacía tiempo por los Sumos Pontífices?

Esta es la cuestión que deseo desarrollar y cuyos principales aspectos expondré en lo que corresponde al primer período del Concilio, bajo el Pontificado de Paulo III.

* * *

Ciertamente, no se le ocultaba a la Curia Romana la magnitud de la dificultad. En la Comisión de Cardenales, designada por el Papa para atender a los problemas del Concilio, propuso el Cardenal Campeio 26 cuestiones sobre la manera de enfocar el Concilio. De éstas la décima decía: "Al tratar con los herejes ¿se procederá a su reducción por la

vía de la concordia, como vemos se realizó en el Concilio Florentino con los griegos y en el Basileense con los Boheimos y en la última dieta de Augusta con los luteranos aunque infructuosamente, o, en cambio se los ha de citar al Concilio y condenarlos de acuerdo con la justicia? (CT. IV, 142, 3-6).

La proposición undécima, íntimamente relacionada con la anterior, dice: "Si una vez decidido por la Iglesia el convencer y persuadir a los herejes se ha de proceder a examinarlos y discutirlos" (ib. 7-8).

El mismo Campegio propone esta solución para la primera pregunta: "Estimo que se ha de recurrir a la vía de la concordia y que, en caso de no obtenerse resultado, se condenen entonces sus artículos-proposiciones de acuerdo a la justicia; en lo concerniente a la citación, si están presentes, se los ha de convocar nuevamente. En caso de que no se presentaren... juzgo se deberá proceder contra ellos como con verdaderos contumaces..." (ib. 152 ad 11 (10)).

A la segunda: "Aunque es peligroso presumir discutir la "vieja fe" como si fuera una "novedad", con todo, sabiendo que esto se ha hecho con frecuencia, debemos prepararnos para defender las verdades que defectuosamente han puesto en duda los herejes, a fin de reprobar sus errores" (ib. 152 ad 12 (11)).

La Comisión misma hizo suya esta solución en estos términos: "Se ha de proceder de la mejor manera a fin de atraerlos al seno de la Iglesia; si, empero, obstinados, perseveraren en la herejía, se procederá por la via iuris - de justicia" (ib. 154 ad 9 (10)). "Las cosas ciertas y claras no han de cuestionarse (ponerse en duda); con todo se los oirá en las discusiones, para que se compruebe con la verdadera razón que son ciertas y claras las cosas que sostiene la Santa Iglesia" (ib. 10 (11)).

Esto se determinó en marzo de 1538, habiendo sido ya invitados repetidas veces los luteranos: a los prelados para que fueran personalmente al Concilio, y

a los príncipes germanos para que enviaran sus legados y teólogos. La mente de la Comisión era que se los admitiera en el Concilio; se los oyera en todos los puntos controvertidos, aun en aquellos en que la Iglesia con anterioridad había fijado su posición, para que finalmente consintieran con las restantes verdades por definir.

El mismo Pontífice eligió el camino de la concordia cuando, el 22 de mayo de 1542, promulgó la celebración del Concilio de Trento. Exhorta empeñosamente a todos los prelados y Príncipes de Alemania a que, sin establecer diferencia entre católicos y luteranos, fueran los prelados al Concilio, enviaran los príncipes sus legados e impulsados por la caridad de todos se tratase sobre la verdad de la Religión Cristiana y de la Reforma de la Iglesia. (CT. IV, 230, 38-49).

Roberto Vauchop, Nuncio enviado a Alemania, da testimonio de la mente del Pontífice, al Obispo de Augusta, Cristóbal von Stadion. Este, en otros aspectos, pío y probo, pero imbuido de las opiniones de Erasmo, no quiso ir "a ser sacrificado", pues había oído que se lo había acusado ante el Sumo Pontífice como luterano y que era considerado por el Papa como hereje. Le respondió el Nuncio que el Papa no daba oídos fácilmente a los detractores y "que había convocado el concilio, no para que los miembros de la Iglesia se hicieran mutuamente reproches o acusaciones y detractaciones, sino para que, dejando atrás todas las negligencias cometidas, fueran oídos todos los Prelados con madurez y serenidad sobre aquellos tópicos que juzgasen se debían proponer según Dios..." (CT. IV, 249, 28-2502).

Pasado el primer mes del Concilio, Cervino, Legado Pontificio, insiste en que al Concilio no se lo llame expresamente "representación de la Universal Iglesia", "para no llevar a los luteranos a la desesperación como quienes sin oírlos ni llamarlos ni admitirles una autodefensa los excluyamos de la Iglesia de los

cristianos; y si bien ya están reprobados y condenados como herejes en tantas ocasiones por el Papa León X y otros, con todo vemos que el Emperador y el mundo entero no los llama herejes luteranos sino protestantes, para no herirlos ni ofenderlos con el calificativo de herejes. Obrando de la mejor manera hasta que se vea si pueden ser reducidos por las buenas. Así debe proceder al presente el Concilio: No debe, apenas iniciado, llamarlos de inmediato luteranos herejes y privarlos de la unión con la Iglesia, (essendo maxime apresso loro questo nome di chiesa universale. Et possendo il concilio far di manco, non debba quel che ad altro noce et offende fare, e a se non giova"). (13 de enero 1546: MASSARELLI, Diario I: CT. I, 376).

Al día siguiente el mismo Cervini en correspondencia enviada a Roma, manifiesta nuevamente su pensamiento al Pontífice, a saber, que no se debía todavía tratar a los luteranos como herejes condenados y privados de la unión con la Iglesia. Y si bien ya muchas veces se había intentado la concordia con ellos aunque vanamente, "no se debe proceder con ellos sino como con hermanos y nuevamente dado que la Iglesia nunca cierra su seno a nadie llamarlos y exhortarlos a la unión cristiana, "la sede apostólica nunca ha dejado ni deja de emplear todos los caminos y remedios posibles para atraer amigablemente a los luteranos a la unión; y si sucediera que se mantuvieran endurecidos y el concilio los condenara como herejes, habrá en el corazón de los hombres mayor disponibilidad y prontitud para ejecutar los decretos emanados del Concilio". (MASSARELLI, Diario I: 18 de enero 1546: CT. I. 378 ss.).

Aun los mismos luteranos consideraban que sus obispos tendrían voto en el Concilio. Por eso se excusaban de presentarse porque sólo los obispos gozaban de voto deliberativo y teniendo muy pocos obispos, sus votos eran de muy poca importancia. (Así lo expresó

el Card. Farnese, Nuncio en Alemania a los legados tridentinos el 3 de 1545. MASSARELLI, Diario I: CT. I, 199).

* * *

Por lo tanto, Paulo III propuso a los luteranos que se tratasen en el Concilio la causa de la fe y la causa de la reforma por la vía de la concordia, manteniendo en el interim, en suspenso, la *via iuris*. Quiso, además, que los asistentes al Concilio, durante todo ese tiempo, estuvieran libres de toda pena incurrida, o por incurrir, por motivo de herejía tanto en la ley civil como canónica. Entregó a los legados de Trento una instrucción redactada por Tomás Campegio, Obispo de Feltri (26 de octubre de 1542: CT., IV. 272-274). Esta instrucción manda a los legados que procuren se les de a todos los que vayan al Concilio una garantía pública y un salvoconducto de los gobiernos por cuyos territorios transitasen y que se les prometiera, mediante documentos públicos, que se esforzarían para que el Concilio, una vez reunido, les diese a todos un salvoconducto, a fin de evitarles a los protestantes una excusa y motivo para no presentarse al Concilio General.

* * *

La Santa Sede puso, con todo, una condición para la admisión, sin la cual cualquier discusión "a priori" sería inútil y estéril. Ya Clemente VII, en 1533, había tratado de esta condición con el Emperador y los príncipes alemanes: que el Concilio se celebrara de acuerdo a la costumbre habitual de la Iglesia, y que sus decretos fueran aceptados.

Paulo III, ni por medio de los Nuncios, ni en las bulas de convocatorias mencionó la tal condición. Sin embargo, dio instrucciones a sus legados, redactadas por Juan María, Cardenal Del Monte, que la definían con toda exactitud: "Antes de tratar o discutir con los herejes, debe observarse (lo que por otra parte es de derecho divino y humano) que se pongan de acuerdo con respecto al juicio y al juez. Y que confiesen que 's

una la Iglesia de Cristo difundida por todo el orbe y que una es la cabeza vicarial de Cristo en la misma Iglesia, constituida por la palabra del mismo Cristo. Y que el Concilio General legítimo, convocado y aprobado por la misma cabeza, representa a la Iglesia Universal. Y que a los decretos, determinaciones y declaraciones del mismo Concilio se someterán y consentirán en ser sus súbditos. Si rechazan esto no deben ser oídos en ninguna disputa, pues abiertamente se declaran cismáticos y herejes". De inmediato se añade la razón de tal condición: "Pues quienes ponen en duda esto, carecen de los principios de la Fe y manifiestan no aceptar lo fundamental de la Iglesia Católica y por consiguiente, en este caso, se debe proceder con ellos como con cismáticos y herejes condenados y no como con iguales que hacen causa común con nosotros...". (CT. IV, 269, 25-38).

En síntesis: admítase a los Protestantes, no como condenados, sino "como iguales que hacen causa común con nosotros", con tal que reconozcan la canónica legitimidad del Concilio convocado por el Papa.

* * *

¿Intervinieron los luteranos, de hecho, en el Concilio? (Repito que sólo trato del primer período). Cuando nos movemos en el tiempo y en el espacio, es necesario que en las asambleas públicas unos sostengan la extrema derecha, otros la extrema izquierda. Así acaeció en el Concilio. Ya antes de la apertura, el hermano Francisco Romeo, oyó a prelados y doctores que sostenían muchos errores "con palabras y petulancia luteranas"; "viga podrida, ruinoso para ellos y otros" (8 de julio, 1545: CT. X, 139 ss.).

Santiago Giacomelli, Obispo Belicastro, opina que su colega Clodiense, Santiago Macchianti, tiene "el cerebro seco y algunas de sus fantasías y opiniones peligrosísimas coinciden con los herejes..." (13 de agosto, 1545: CT. X).

Entre los obispos del Concilio, el apodado "Grechetto", denuncia a dos agustinos, más aún: a toda la orden y sobre todo a Seripando, su Preósito General, como enfermos de luteranismo. Entre los criptoluteranos enumera a los cardenales Contarini, Polo, Ridolfi, al patriarca Grimani, a los obispos de Cava y Fiesole (CT. X 539, 19; JEDIN, *Geschichte*, II 151 y 476, nota 6). El Cardenal tridentino Madruzzi conoció a dos obispos "tan herejes como Melachton" y a otros siete u ocho "luteranísimos", "tan luteranos como el mismo Lutero". (MASSARELLI, *Diario I*, 8 de enero, 1546: CT. I, 368; 11 de enero, ib., 370 ss.).

Por el contrario Braccio Martelli, obispo de Fiesole, amonesta al Card. Farnesio y al mismo Pontífice que se cuiden de los calumniadores de los prelados, "los cuales le son verdaderamente todos buenos servidores" (CT. X, 138 s.; cfr. XII, 440n., II; IV, 439, nota 1). Rectamente juzgaba. Los verdaderamente luteranos declaraban al concilio ilegítimo y ninguno de ellos fue a Trento en el primer período. Con todo, de sobra sabemos que muchos Padres, aún eminentes, no se vieron libres del influjo de las nuevas doctrinas, e, incluso, profirieron opiniones reprobadas luego por el Concilio. Esto empero, mientras no dañara, aprovechó muchísimo en la definición de las verdades.

El mismo Paulo III no sólo despreció las denuncias, sino que mantuvo constantemente la norma prefijada.

Cierta día (24 de febrero, 1547) habiendo cierto Padre manifestado una opinión bastante dudosa, sometiéndose sin embargo al Concilio, y habiendo otros, a los cuales pareciera que la misma Presidencia diera oídos, exigido que se lo acusara como a hereje, por lo que otro sector protestó por la falta de libertad en el Concilio, se levantó el obispo Armacano y dijo: "Yo acabo de oír al Papa que quería que cada uno tuviera libertad para expresar en el Concilio su opinión en lo referente a las costumbres y a los dogmas y que nadie quisiera re-

prender a otro aun cuando dijera una herejía manifiesta si se sometía al Concilio". Los Padres manifiestan su aprobación. En las Actas anota Massarelli: los españoles (¡libres ciertamente de toda sospecha!), de tal manera alabaron las palabras de Armacano que afirmaron que el Sumo Pontífice no había hecho nada más sabio, nada más santo. (CT. 977 s.).

Cuando las continuas intervenciones del poco ortodoxo obispo de Fiésole hasta tal grado molestaron al mismo pacientísimo Presidente del Concilio, Card. Del Monte, que no las soportó más, movió en Roma una causa contra él. Pero el Sumo Pontífice recusó admitir esa causa no fuera a dar la impresión de que él

(el Papa) quisiera quitar la libertad de opinión a algún prelado. (JEDIN, Geschichte, II, 411).

* * *

Los datos y argumentos presentados, prueban suficientemente cuál fue desde el comienzo la mente y voluntad del Concilio y de su promotor, el Papa Paulo III. No la separación y anatema, sino la concordia y unidad. Concordia y unidad inmutablemente establecida en la sucesión del Colegio Apostólico y de su cabeza, Pedro. Todos son hermanos, todos miembros con la misma plenitud de derecho ya se sitúen a la derecha o a la izquierda, mientras se sometan a esa unidad. ♦

evolución y vigencia de la OEA

● FERNANDO STORNI S. J.

LA Organización de Estados Americanos (OEA) se ha convertido en uno de los pilares de las relaciones entre las naciones americanas y su función tiende a crecer en importancia a medida que la conciencia americana debe resolver problemas más intrincados. John C. Dreier fue durante diez años representante y embajador de los Estados Unidos ante tal organismo y está particularmente dotado para estudiar el tema. (1)

El libro, publicado por el Council on Foreign Relations, no se contenta con describir la organización administrativa de la OEA, o sus principales actividades, sino que también plantea los problemas

que deberá afrontar para estar a la altura de su cometido.

Desde 1890 se trató de establecer algún organismo que mantuviera informados a los países americanos acerca de los problemas que los afectaran en conjunto. No es del caso reseñar aquí los distintos pasos por los que atravesó esta idea y particularmente el cambio en las ideas y en la política de los dos países que en 1890 se enfrentaron con posiciones diametralmente opuestas: Estados Unidos y la Argentina. El resultado del primer esfuerzo fue la Unión Panamericana, modesta oficina que no logró resultados substanciales. El sistema interamericano recién comenzó a tener sentido en 1958 como resultado del tratado de Río de Janeiro, el pacto de Bogotá y el Reglamento de la OEA.

El acta de fundación de la OEA es un complejo de reglas, acuerdos, principios y aspiraciones que llama la atención a

(1) JOHN C. DREIER, *The Organization of American States and the Hemisphere Crisis*, Council on Foreign Relations, Harper And Row, Publishers, New York and Evanston. 148 págs.